

Alcaldesa de Peñalolén, Carolina Leitao Álvarez-Salamanca
Vicepresidenta Democracia Cristiana

En primer lugar, quiero agradecer el privilegio de rendir un homenaje al querido don Patricio y por ello intentaré, en estas breves palabras, representar a muchos que, al igual que yo, hemos ido tomando la posta de la vocación política y del servicio público.

Pero no puedo partir sin agradecer enorme y sinceramente a su familia: a la señora Leonor, a sus hijos, nietos, bisnietos y hermanos, por haber compartido con nosotros los demócratacristianos y con todo un pueblo, la vida de su papá, de su abuelo, de su hermano, de don Patricio... Cuántos días y cuántas ocasiones especiales tuvo que sacrificar por el partido y por el país y claramente eso se puede ver en el cariño de la gente que ha transitado todo el día aquí. Sólo les puedo decir, a cada uno de ustedes, que eso valió absolutamente la pena.

En estas breves palabras quiero destacar algunas características de su liderazgo que las nuevas generaciones debiésemos hacer propias, especialmente en los días que corren, de cuestionamiento a la política y a nosotros los políticos, donde somos permanentemente interpelados.

Lo primero que quiero destacar es su valentía para enfrentar un momento político trascendental para Chile, con el dictador al lado, con el desafío de aunar voluntades y lograr acuerdos con quienes habían sido adversarios.

Su valentía para guiar a un pueblo golpeado por la dictadura en lo más profundo, en su dignidad humana, y para ser capaz de convocar a los chilenos a volver a creer, a creer en la democracia y en tantas cosas en las que ya no creíamos. Y esto porque los líderes se miden en la crisis, no en la vida cotidiana solamente. Conducir un país implica guiarlo a diario sin populismo, con la verdad y estar dispuesto muchas veces a decir que no. Y para eso hay que ser muy, muy valiente.

Es cierto que sobre la historia política de la transición hay muchos que pueden decir más que yo y ya varios de los que me han precedido lo han hecho. Pero quiero detenerme en otras características de su liderazgo que tiene que ser hoy un llamado a replicarlas en nuestras propias acciones: su humildad y sencillez.

Un hombre que junto con preocuparse de los temas de Estado y del país, estaba siempre dispuesto y atento a ayudar y resolver los problemas cotidianos de muchas personas que lo iban a ver a su oficina o que trabajaban con él. Mientras

fui su concejal en Providencia, fui testigo de cientos de historias y anécdotas que lo grafican claramente.

Por otra parte, el llevar una vida austera, sin ostentación, en el barrio de siempre, en la casa de siempre, habla de una forma de ver la vida y de hacer patente sus convicciones en la práctica y no sólo en el discurso. Nada es más fuerte en política que la coherencia y el testimonio que en este caso don Patricio, con su humildad y sencillez, nos entregó a cada uno de nosotros.

Otro sello de su liderazgo que me gustaría destacar fue su capacidad de dedicar tiempo y mucho más a la formación política de jóvenes, no sólo en el gran trabajo realizado a través de la Corporación Justicia y Democracia, de la cual formé parte, sino también acompañando en seminarios de la Juventud Demócrata Cristiana (JDC), trabajos voluntarios, tertulias, conversaciones informales, incluso muchas de ellas en su propia casa. Ahí estaba su generosidad y convicción de que era un ejercicio necesario y probablemente también una inyección de energía para su vida.

Quiero, junto a lo anterior, resaltar dos hechos que a mi juicio también lo destacan y reflejan plenamente.

El primero -y que como mujer no puedo dejar de mencionar- es el haber creado y formado el Servicio Nacional de la Mujer que pidió encabezara Soledad Alvear, poniéndose rápidamente al día en un tema en el que el país estaba claramente al debe, para dignificar el rol de la mujer y comenzar a abrir espacios de participación y de promoción de los liderazgos no sólo políticos, sino también comunitarios, mujeres jefas de hogar y emprendedoras.

El segundo hecho tiene relación con que mi ingreso a la Juventud Demócrata Cristiana tiene mucho que ver con él. Me tocó conocerlo muy joven. Yo estaba en el colegio cuando acompañé a mi abuelo a varias reuniones de la Democracia Cristiana en Providencia -en esa época aún medio clandestinas- en casa de camaradas, para preparar el camino al plebiscito y finalmente a la democracia. Y por las vueltas de la vida me correspondió como presidenta de la JDC de Providencia, recibirlo de regreso al partido como militante, luego de su período presidencial, en un acto muy emocionante y significativo, en el que juraron muchos militantes nuevos que recibieron una clase magistral sobre cuál era el significado de ser demócrata cristiano y el compromiso de vida que implicaba esta opción.

Quise dejar para el final una característica que probablemente más de alguien podría considerar como no pertinente cuando se quiere hacer un perfil político de un gran liderazgo, pero que a mi juicio refleja y engloba su personalidad: su gran y permanente sonrisa.

Una sonrisa que hablaba de su cercanía, su empatía, su forma de ver la vida, su carácter, su sensibilidad. Qué importante es para un líder transmitir alegría y con ello esperanza. Y eso no quiere decir que no lloremos cuando nace del corazón o que no levantemos la voz cuando es necesario, pero si no hay alegría en política, sino hay una sonrisa acogedora, no hay conexión con las personas a las que se quiere servir y a las que el Presidente Aylwin siempre sonreía.

Por todo lo anterior y mucho más de lo que hoy se ha dicho sobre él es que don Patricio fue y seguirá siendo un gran líder y un modelo de político íntegro, capaz, sensible, valiente y coherente al que las nuevas generaciones debiéramos aspirar, al menos en parte, a tratar de imitar.

Hasta siempre querido y amado por todos nosotros, don Patricio Aylwin Azócar.